

¿Un papel hecho ceniza?

(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)

No, que aún queda algún vestigio.

(Se levanta y se acerca al balcón, procurando leer en el pedazo de papel. En este momento entra Ernesto y se detiene observándole.)

ESCENA V

PEPITO Y ERNESTO

ERN. ¿Qué estás mirando?

PEP. ¡Hola, Ernesto!

Pues... un papel que flotaba...
el aire se lo llevaba...

ERN. (Tomándolo y devolviéndoselo después de un instante de observación.)

No recuerdo lo que es esto.

PEP. Eran versos. Tú sabrás.

(Leyendo, pero con dificultad.)

«El fuego que me devora.»

(Aparte.)

(Pues consonante á Teodora.)

ERN. Cualquier cosa.

PEP. (Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERN. Nuestra vida simboliza
ese papel sin valor:
unos gritos de dolor
y unos copos de ceniza.

PEP. ¿Pero fueron versos?

ERN. Sí.

A veces no sé qué hacer:
dejo la pluma correr...
y anoche los escribí.

PEP. Y para ayudar al estro
y ponerte en situación
¿buscabas inspiración
en el libro del maestro?

ERN. Me parece...

PEP. No hay que hablar:

es una obra gigantesca.
Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERN. (Con ironía é impaciencia.)

Hoy estás para acertar.

PEP. No en todo, por Belcebú:

ahí mismo, donde está abierto,

algo dice que no acierto,

y que has de explicarme tú.

Leyendo un libro de amor

por pasatiempo tan sólo,

diz que Francesca y Paolo

llegaron donde el autor

gallardamente celebra,

demonstrando no ser zote,

amores de Lanzarote

y de la reina Ginebra.

Tal fuego para tal roca:

trajo un beso el libro aquel,

y un beso le dió el doncel,

loco de amor, en la boca.

Y en tal punto y ocasión,

el poeta florentino,

con acento peregrino

y sublime concisión,

dice lo que aquí hallarás

(Señalando el libro.)

y lo que yo no alcancé,

que Galeoto el libro fué

y que no leyeron más.

¿No leyeron? Entendido,

y no está mi duda ahí.

Pero ese Galeoto, di,

¿por qué sale y quién ha sido?

Y tú lo debes saber:

es el título del drama

(Señalando unos papeles que se supone que son el drama.)

que escribiste y tanta fama

te ha de dar. Vamos á ver.

(Coge el drama y lo examina.)

ERN. De la reina y Lanzarote

fué Galeoto el medianero,

y en amores, *el tercero*,

puede llamarse por mote,

y con verdad, *el Galeoto*;

sobre todo si se quiere
evitar nombre que hiere,
y con él un alboroto.

PEP. Bueno: justo; lo concibo;
¿pero no hay en castellano
nombre propio y á la mano?

ERN. Muy propio y muy expresivo.
Este oficio que en doblones
convierte las liviandades,
y concierta voluntades,
y se nutre de aficiones,
nombre tiene y yo lo sé,
pero es ponerme en un brete
hacer que diga... y concrete
(Señalando el drama.)
lo que al cabo no diré.
(Le arranca el drama y le arroja sobre la mesa.)
En cada caso especial,
uno especial también noto,
pero á veces es Galeoto
toda la masa social.
Obra entences sin conciencia
de que ejerce tal oficio
por influjos de otro vicio
de muy distinta apariencia;
pero tal maña se da
en vencer honra y pudor,
que otro Galeoto mayor
ni se ha visto ni verá.
Un hombre y una mujer
viven felices y en calma,
cumpliendo con todo el alma
uno y otro su deber.
Nadie repara en los dos,
y va todo á maravilla;
pero esto en la heróica villa
dura poco, ¡vive Dios!
Porque ocurre una mañana
que les miran al semblante,
y ya, desde aquel instante,
ó por terca, ó por villana,
se empeña la sociedad,
sin motivo y sin objeto,

en que ocultan un secreto
de impureza y liviandad.
Y ya está dicho y juzgado:
no hay razón que les convenza,
ni hombre existe que les venza,
ni honra tiene el más honrado.
Y es lo horrible de esta acción
que razón al empezar
no tienen, y al acabar
acaso tienen razón.
¡Porque atmósfera tan densa
á los miseros circunda,
tal torrente los inunda,
y es la presión tan intensa,
que se acercan sin sentir
y se ligan sin querer,
se confunden al caer,
y se adoran al morir!
El mundo ha sido el ariete
que virtudes arruinó:
él la infamia preparó:
fué Galeoto y...
(Aparte.) (¡Vete, vete,
pensamiento de Satán,
que tu fuego me devora!)

PEP. (Aparte.)
(Si discurre así Teodora,
¡Dios proteja á don Julián!)
(En voz alta.)
¿Y acaso sobre ese tema
fueron los versos de anoche?

ERN. Ciertamente.

PEP. ¡Qué derroche
su tiempo con esa flema,
y que esté... así... tan sereno...
sin ocuparse de nada
quien ha de cruzar su espada
muy pronto sobre el terreno
con Nebreda, que, en rigor,
con un florete en la mano
es mucho hombre! ¿No es más sano
y no te fuera mejor
preparar un golpe recto

ó una parada en tercera
que exprimírte la mollera
sobre tal verso incorrecto,
ó sobre tal consonante
declarado en rebeldía?
¿Con toda tu sangre fría,
no piensas que estar delante
del Vizconde es serio?

ERN. No.
Y en buena razón me fundo.
Si le mato, gana el mundo:
si me mata, gano yo.

PEP. ¡Bueno! mejor es así.
ERN. No hablemos más del asunto.
PEP. (Aparte.)
(Ahora con maña pregunto...)
¿Y es hoy mismo?
(Acercándose á él y en voz más baja)

ERN. Hoy mismo: sí.
PEP. ¿Vais á las afueras?
ERN. No.
No era posible á tal hora.
Un lance que nadie ignora...
PEP. ¿En alguna casa?
ERN. Yo
lo propuse.
PEP. ¿Dónde?
ERN. Arriba.
(Todo esto con frialdad é indiferencia.)
Un cuarto desalquilado:
gran salón: luz de costado...
Sin que nadie lo perciba,
mejor sitio que da un cerro,
para el caso que se trata,
nos da un puñado de plata.
PEP. ¿Y ya sólo falta?
ERN. ¡Hierro!
PEP. Hablan fuera. . gente viene...
(Acercándose al fondo.)
¿Los padrinos? (A Ernesto.)
ERN. Podrá ser.
PEP. Parece voz de mujer... (Asomándose á la puerta.)
ERN. ¿Pero por qué les detiene?
(Acercándose también.)

ESCENA VI

ERNESTO, PEPITO y un CRIADO

CRIA. (Con cierto misterio.)
Preguntan por el señor.
PEP. ¿Quién pregunta?
CRIA. Una señora.
ERN. Es extraño.
PEP. ¿Pide? (En voz baja al Criado)
CRIA. (Lo mismo á Pepito.) Lloro.
PEP. ¿Es joven? (En voz alta.)
CRIA. Pues en rigor
yo no lo puedo decir:
la antesala es muy oscura,
y la señora procura
de tal manera cubrir
la cara, que el percibirla
ya es empresa y ya es trabajo,
y habla tan bajo, tan bajo,
que no hay manera de oírla.
ERN. ¿Quién será?
PEP. Quien quiere verte.
ERN. No adivino...
PEP. (Aparte.) (Está perplejo.)
Oye, a tus anchas te dejo
un abrazo y buena suerte.
(Dándole un abrazo y tomádo el sombrero.)
¿Qué esperas, bobalicón? (Al Criado.)
CRIA. Que mande el señor que pase.
PEP. En asuntos de esta clase
se adivina la intención.
Y después, hasta el momento
en que salga la tapada,
no abras la puerta por nada,
aunque se hunda el firmamento.
CRIA. ¿Conque la digo que sí?
ERN. Bueno. Adiós.
(A Pepito que está ya en la puerta.)
PEP. Adiós, Ernesto.
(Salen él y el Criado por el fondo.)

ERN. ¿Una dama?... ¿Qué pretexto?...
¿O qué razón?
(Pausa: en este momento se presenta en la puerta del fondo, y en ella se detiene, cubriéndose con un velo, Teodora.)

Ya está aquí.

ESCENA VII

TEODORA y ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse á avanzar: él en primer término volviéndose hacia ella

ERN. Usted hablarme deseó:
si usted se digna, señora...
(Invitándole á que pase.)

TEOD. Perdón, Ernesto. (Levantando el velo.)

ERN. ¿Teodora!

TEOD. Hago mal, ¿no es cierto?

ERN. (Cortado y balbuciente.) Yo...

no lo sé... porque yo ignoro...
honra tal á qué debí...

¿Pero qué digo? ¡ay de mí!

¡si en mi casa su decoro

ha de hallar respeto tal...

que ya más no puede ser! (Con exaltación.)

¿por qué, señora, temer

que en ello pueda haber mal?

TEOD. Por nada... y un tiempo ha sido,

¡que para siempre ha pasado!

en que ni hubiera dudado,

ni hubiera, Ernesto, temido;

en que cruzara un salón

cualquiera de usted cogida,

sin la frente enrojecida,

sin miedo en el corazón;

en que al partir de aquí...

como dicen que mañana,

á la tierra americana

parte usted... yo misma... sí...

como aquellos que se van...

acaso no han de volver...

como es tan triste perder...
un amigo ante Julián...
ante el mundo... conmovida...
pero sin otro cuidado...
yo misma... le hubiera dado...
¡los brazos por despedida!

ERN. (Hace un movimiento, luego se detiene.)
¡Ah, Teodora!

TEOD. Pero ahora...
presumo que no es lo mismo.
Hay entre ambos un abismo.

ERN. Tiene usted razón, señora.
Ya no podemos querernos
ni siquiera como hermanos:
ya se manchan nuestras manos
si se aproximan al vernos.
Lo que ha sido ya se fué:
es necesario vencerse,
es preciso aborrecerse.

TEOD. (Con ingenuidad y angustia.)
¡Aborrecernos! ¿por qué?

ERN. ¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?
¿á usted, pobre niña?

TEOD. Sí.

ERN. No haga usted caso de mí,
y si la ocasión lo exige,
y mi vida ha menester,
mi vida, Teodora, pida,
que dar por usted la vida
será (Con pasión.)

(Transición: conteniéndose y cambiando de tono.)

cumplir un deber.

(Pequeña pausa.)

¡Aborrecer! Si mis labios
dijeron palabra tal,
fué que pensaba en el mal,
que pensaba en los agravios
que sin querer hice yo
á quien tanto bien me hacía.
Usted, Teodora, debía
aborrecerme, yo... no.

TEOD. (Con tristeza.)
Mucho me han hecho llorar:

razón tiene usted en esto;
(Con mucha dulzura.)
pero a usted... a usted, Ernesto,
yo no le puedo acusar.

Ni pensando sin pasión
hay nadie que le condene:
porque usted ¿qué culpa tiene
de tanta murmuración,
ni del ponzoñoso afán
que muestra ese mundo impío,
ni del carácter sombrío
de nuestro pobre Julián?

ERN.

de su enojo, que es dolor:
de su acento, que me hiere:
¿de la pena conque muere,
porqué duda de mi amor!
¿Eso es lo que no concibo,
y en él aun menos que en otro:
lo que me pone en un potro:
lo que juro por Dios vivo
que no es digno de merced
ni hay pretexto que lo escude:
que exista un hombre que dude
de una mujer como usted!

TEOD.

(Con profunda ira.)
¡Bien paga su duda fiera
mi Julián!

ERN.

(Espantado de haber acusado a don Julián delante de Teodora.)

¿Qué digo yo?
¿Yo acusarle?... ¡No!... Dudó
(Apresurándose para disculpar a don Julián y para borrar el efecto de lo que dijo.)
como dudara cualquiera:
como duda quien adora:
si no hay cariño sin celos;
¡hasta del Dios de los cielos
hay quienes dudan, Teodora!
Es terrenal egoísmo:
es que el dueño de un tesoro
guarda su oro porque es oro
y teme por él. Yo mismo,
si por arte sobrehumano

consiguiera hacerla mía,
¿dudaría!... ¿dudaría!...
¡hasta de mi propio hermano!

(Con creciente exaltación: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va a caer en el mismo abismo de que antes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hacia la puerta del fondo y se dirige a ella.)

(Aparte.)

(¿A dónde vas, corazón?
¿qué hay en tu seno profundo?
¿dices que calumnias el mundo,
y tú le das la razón!)

TEOD.

Escuche usted... gente viene...

ERN.

Las dos apenas...

TEOD.

(Acercándose al fondo.) ¿Serán?...

ERN.

No... se detiene...

TEOD.

(Lo mismo, como preguntando a Ernesto.)

Si es Julián...

(Hace un movimiento para dirigirse a la puerta de la derecha. Ernesto la detiene respetuosa pero energicamente.)

ERN.

Si es él, aquí;
nuestra lealtad nos escuda.
Si es... esa gente que duda,
entonces, Teodora, allí.

(Señalando la puerta de la derecha.)

Nada... Nada... (Escuchando.)

TEOD.

¡El corazón

me salta!

ERN.

No hay que dudar,
marchóse quien quiso entrar,
ó todo fué una ilusión.

(Viniendo al primer término.)

¡Por Dios, Teodora!...

TEOD.

(Lo mismo.) Tenía
que hablar con usted, Ernesto,
y el tiempo pasa tan presto...

ERN.

¡Vuela el tiempo!

TEOD.

Y bien, decía...

ERN. Teodora... perdón le pido;
pero... acaso no es prudente...
si llegase gente .. y gente
debe llegar...

TEOD. He venido
precisamente por eso...
para evitarle...

ERN. ¿De modo?
TEOD. De modo que lo sé todo
y que me horroriza el peso
de esa sangre que por mí
quieren ustedes verter:
la siento en mi sangre arder,
¡la siento agolparse aquí!
(Oprimiéndose el pecho.)

ERN. ¡Porque afrentada se esconde,
afrentada y encendida,
hasta que arranque la vida
yo por mi mano al Vizconde!
¿Lodo quiso? ¡Tendrá todo
de sangre!

TEOD. (Con espanto.) ¿Su muerte?
ERN. Sí.
(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)
Usted dispone de mí,
conmigo lo puede todo:
todo, con una excepción:
¡Ha de lograr que yo sienta,
recordando aquella afrenta,
por Nebreda compasión!

TEOD. (Con acento lloroso y suplicante.)
¿Y por mí?

ERN. ¿Por usted?
TEOD. Sí;
¡será el escándalo horrible!
Es posible.

ERN. ¿Que es posible?
TEOD. ¡Y lo dice usted así,
sin procurar evitarlo,
cuando yo misma intercedo!
Evitarlo yo no puedo,
pero puedo castigarlo.
Esto pienso, y esto digo,

y esto corre de mi cuenta;
otros buscaron la afrenta,
pues yo buscaré el castigo.

TEOD. (Acercándose a él y en voz baja: como temiendo oírse
á sí misma.)
¿Y Julián?

ERN. ¿Julián? ¿Y bien?...

TEOD. ¡Si lo sabe!
ERN. Lo sabrá.

TEOD. ¿Y qué dirá?
ERN. ¿Qué dirá?

TEOD. ¿Que en mi defensa... que quién...
pudo mostrar su valor...
sino mi esposo que me ama?
¿En defensa de una dama?
Cualquiera que tenga honor.
Sin conocerla: sin ser
pariente, amigo, ni amante:
con escuchar es bastante
que insultan á una mujer.
¿Qué por qué á ese duelo voy?
¿Qué por qué la defendí?
¡Porque la calumnia oí,
y porque yo soy quien soy!
¿Quién hay que defensas tase
ni tal derecho repese?
¿No estaba yo? ¡Pues quien fuese,
el primero que llegase!

TEOD. (Que le ha oído atentamente y como dominada por el
acento enérgico de Ernesto, se acerca á él y le estre-
cha la mano con efusión.)
¡Eso es noble y es honrado,
y es digno de usted, Ernesto!...

(Se detiene, se aleja de Ernesto y dice tristemente lo
que sigue.)
Pero mi Julián con esto,
Ernesto, queda humillado.
(Con profunda convicción.)
¿El humillado?

ERN. Sí á fe.

TEOD. ¿Por qué razón?
ERN. Sin razón.

TEOD. ¿Quién lo dirá?

TEOD. La opinión
de todos.

ERN. Pero, ¿por qué?

TEOD. Cuando llegue hasta la gente
que un insulto he recibido
y que mi esposo no ha sido
quien ha dado al insolente
su castigo... y además,
(Bajando la voz y la cabeza y huyendo la mirada de Ernesto.)
que usted su puesto ha tomado,
sobre el escándalo dado
habrá otro escándalo más.
ERN. (Convencido pero protestando.)
Si en lo que hayan de decir
hay que pensar para todo,
¡vive Dios! que ya no hay modo
ni manera de vivir.
TEOD. Pero es como digo yo.
ERN. Es así; pero es horrible.
TEOD. ¡Pues ceda usted!

ERN. ¡Imposible!

TEOD. ¡Yo se lo suplico!

ERN. No.
Y bien mirado, Teodora,
más vale que ante Nebreda,
suceda lo que suceda,
que lo que ha de ser se ignora,
acuda yo; porque, al fin,
á ese Vizconde malvado,
lo que le falta de honrado
le sobra de espadachín.

TEOD. (Algo herida de la especie de protección un tanto humillante que Ernesto dispensa á don Julián.)
Corazón tiene también
mi esposo.

ERN. ¡Suerte fatal!...
O yo me explico muy mal,
ó usted no me entiende bien.
Yo conozco su valor;
pero entre hombres de coraje,
cuando hay un sangriento ultraje
á la fama ó al honor,

no se puede adivinar
lo que puede suceder:
ni quién llegará á caer,
ni quién logrará matar.
Y si ese hombre, en conclusión,
vence en el lance funesto,
entre don Julián y Ernesto
no es dudosa la elección.
(Con sinceridad, pero con tristeza.)

TEOD. (Con verdadera angustia.)
¿Usted?... ¡Eso no!... ¡Tampoco!

ERN. ¿Por qué? Si esa es mi suerte..
Nadie pierde con mi muerte,
y yo mismo pierdo poco.

TEOD. (Casi sin poder contener el llanto.)
¡No diga usted esto, por Dios..

ERN. ¿Pues qué deajo yo en el mundo?
¿Qué amistad, qué amor profundo?
¿Qué mujer seguirá en pos
de mi cadáver llorando
con llanto de enamorada?...

TEOD. (Sin poder contener las lágrimas.)
¡Toda la noche pasada..
por usted estuve rezando..
y dice usted que ninguno..
¡Yo no quiero que usted muera!
(Con explosión.)
¡Ah!... ¡Se reza por cualquiera!
¡Sólo se llora por uno! (Con pasión.)

TEOD. ¡Ernesto!... (Con extrañeza.)

ERN. (Asustado de sus propias frases.)
¿Qué?
(Separándose de él.) Nada...

TEOD. (Con timidez bajando la cabeza y huyendo también de Teodora.)
ERN. Sí...
si ya lo dije hace rato,
que yo soy un insensato..
no haga usted caso de mí.
(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: lejos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEOD. ¡Otra vez! (Señalando hacia el fondo.)

ERN. (Siguiendo el movimiento de Teodora.)
¡Gente ha venido!...

TEOD. (Acercándose al fondo y prestando oído.)
Y quieren entrar...

ERN. (Lo mismo.) No hay duda.
¡Allí, Teodora!... (Señalándole el cuarto.)

TEOD. ¡Me escuda
mi honor!

ERN. Si no es su marido.

TEOD. ¡No es Julián!

ERN. No.
(Llevándola a la derecha.)

TEOD. Yo esperaba...
(Deteniéndose junto a la puerta y suplicante.)
Renuncie usted a ese duelo.

ERN. Si he llegado ¡vive el cielo!
a su rostro...

TEOD. ¡Lo ignoraba!...
(Con desesperación; pero comprendiendo que todo
arreglo es imposible.)
¡Pues huya usted!

ERN. ¡Que huya yo!

TEOD. ¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!

ERN. Odiarme... sí... ¡lo concibo!
¡Pero despreciarme!... ¡no!
(Con desesperación.)

TEOD. Una palabra no más.
¿Vienen por usted?

ERN. No es hora.

TEOD. ¿Lo jura usted?

ERN. Sí, Teodora.
¿Me aborrece usted?

TEOD. ¡Jamás!

PEP. (Desde fuera.)
Nada... ¡verle necesito!...

ERN. ¡Pronto!

TEOD. Sí. (Entra por la derecha.)

PEP. ¿Quién se me opone?

ERN. ¡Ah! la calumnia se impone
y hace verdad el delito.

ESCENA VIII

ERNESTO y PEPITO. Este por el fondo, sin sombrero y profun-
damente agitado

PEP. ¡Vete al infierno!... ¡entraré!
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERN. ¿Qué pasa?

PEP. Yo no sé cómo decirlo...
y es necesario...

ERN. Pues habla.

PEP. ¡La cabeza me da vueltas!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensara!
Pronto y claro, ¿qué sucede?

ERN. ¿Qué sucede? ¡una desgracia!

PEP. Supo don Julián el duelo;
(Muy rápido.)
vino á buscarte, no estabas:
se fué á ver á tus padrinos
y todos juntos á casa
del Vizconde.

ERN. ¿De Nebreda?

PEP. ¿Pero cómo?
¡Vaya en gracia!
Como quiso don Julián,
que era tromba que arrastraba
voluntades, conveniencias,
todo, todo...

ERN. ¡Sigue! ¡acaba!

PEP. (Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)
Ya suben...

ERN. ¿Quiénes?

PEP. Pues ellos...
Le traen en brazos... (Asomándose.)
¡Me espanta
lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!
(Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer tér-
mino.)

PEP. Le obligó á batirse: nada,
no hubo medio: y el Vizconde
dijo, «pues los dos», y á casa:

á la tuya... don Julián
 sube: tu fámulo arranca
 la puerta y jura que tú
 con una señora estabas
 y que no entra nadie, nadie.
 ERN. ¿Y entonces?
 PEP. Don Julián baja
 diciendo: «Mejor, á mí
 por entero la jornada.»
 Y él, Nebreda, los padrinos,
 mi padre y yo que llegaba,
 arriba todos... ya sabes...
 ENR. ¿Y se han batido?
 PEP. ¡Con rabia!
 ¡con furor! como dos hombres
 que van buscando con ansia
 un corazón que aborrecen
 tras la punta de una espada.
 ERN. ¿Y don Julián?... ¡No!... ¡mentira!
 PEP. Ya están aquí.
 ERN. ¡Calla! ¡calla!
 PEP. ¡dí quién es... y dilo bajo!
 Por acá.
 (Se presentan en el fondo don Julián, don Severo y
 Rueda. Traen á don Julián mal herido entre los otros
 dos. El orden de izquierda á derecha es: don Severo
 don Julián, Rueda.)
 ERN. ¡Jesús me valga!

ESCENA IX

ERNESTO, DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO Y RUEDA

ERN. ¡Don Julián!... ¡mi bienhechor!
 ¡mi amigo! .. ¡mi padre!
 (Precipitándose á su encuentro llorando.)
 JULIÁN (Con voz débil.) Ernesto...
 ERN. ¡Maldito yo!
 SEV. Vamos presto.
 ERN. ¡Padre!
 SEV. Le vence el dolor.

ERN. ¡Por mí!...
 JULIÁN No es cierto...
 ERN. ¡Por mí!...
 ¡perdón!
 (Cogiéndole la mano á don Julián por el lado de la do-
 recha, y arrodillándose é inclinándose.)
 JULIÁN No lo has menester.
 Cumpliste con tu deber:
 yo con mi deber cumplí.
 SEV. ¡Un lecho! (Suelta á don Julián: le sustituye Pepito.)
 PEP. (Señalando la puerta de la derecha.)
 ¡Vamos á entrar!
 ERN. ¡Nebreda! (Con acento terrible.)
 SEV. No más locura,
 ¿ó es que quieres por ventura
 acabarlo de matar?
 ERN. ¡Locura!... ¡Veremos! ¡Oh! (Frenético.)
 ¡Vengan dos... es mi derecho!
 (Precipitándose hacia el fondo.)
 SEV. (Dirigiéndose á la derecha.)
 A tu alcoba, y en tu lecho...
 (Ernesto que ya estaba en el fondo, se detiene espanta-
 do.)
 ERN. ¿A dónde?
 SEV. Adentro.
 PEP. ¡Sí!
 ERN. ¡No!
 (Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo. El
 grupo que conduce á don Julián casi desfallecido, se
 detiene mostrando asombro.)
 SEV. ¿Tú le niegas?...
 PEP. ¡Estás loco!
 SEV. ¡Aparta!... ¿No ves?... ¡se muere!
 JULIÁN ¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...
 (Incorporándose y mirando con mezcla de asombro y
 espanto á Ernesto.)
 RUEDA ¡No comprendo!
 PEP. ¡Yo tampoco!
 ERN. ¡Está muriendo!... ¡y me implora!...
 ¡y dudal... ¡padre!...
 SEV. ¡Ha de ser!
 (Por encima del hombro de Ernesto empuja la puerta:
 Teodora se presenta.)